

Acad. II
Exp. 134

ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ACENTO CASTELLANO

POR

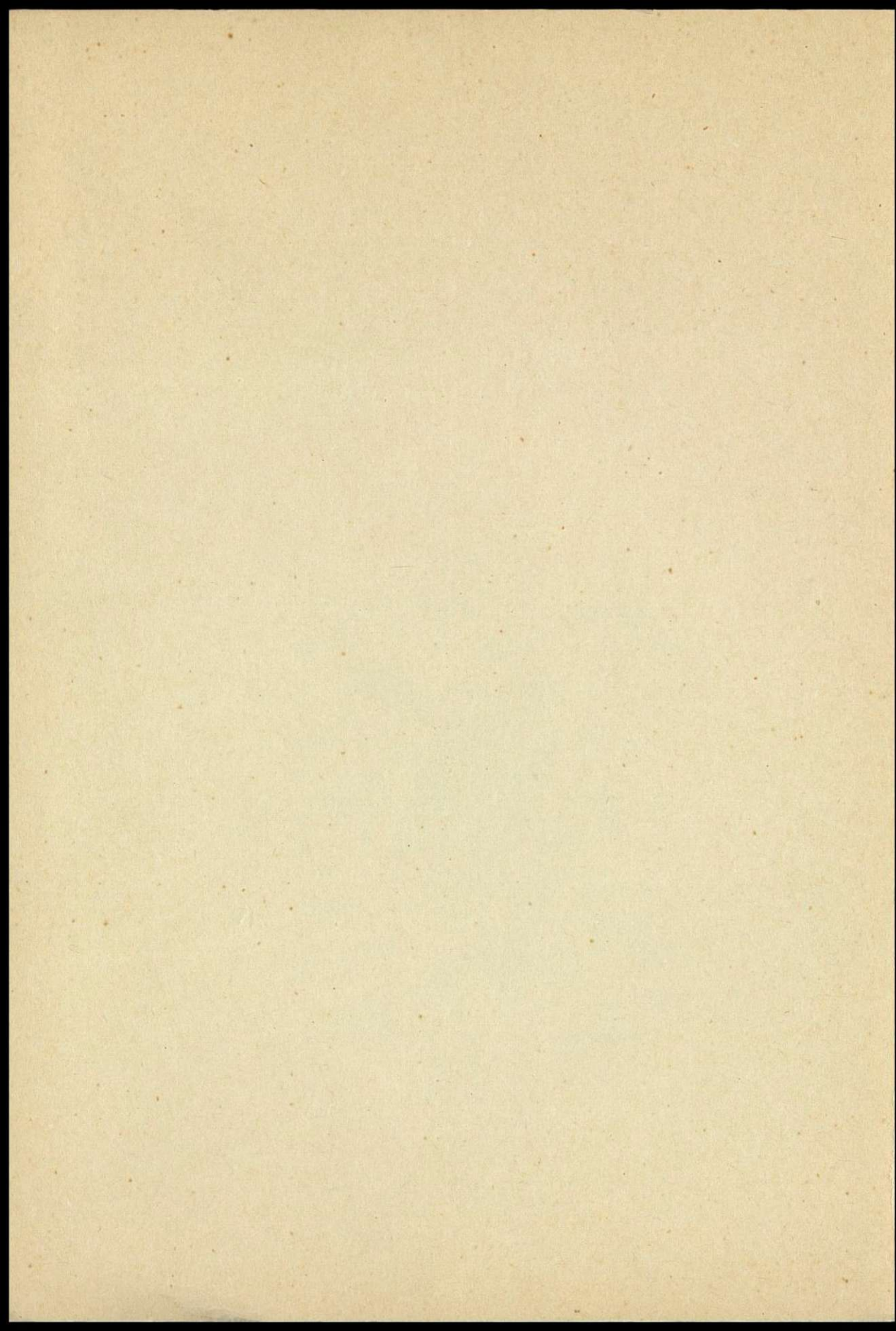
T. NAVARRO TOMÁS

DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL
ACTO DE SU RECEPCIÓN ACADÉMICA
EL DÍA 19 DE MAYO DE 1935

CONTESTACIÓN DE
MIGUEL ARTIGAS FERRANDO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS. OLÓZAGA, I.
1935



R 41010

ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ACENTO CASTELLANO

POR

T. NAVARRO TOMÁS

DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR EN EL
ACTO DE SU RECEPCIÓN ACADÉMICA
EL DÍA 19 DE MAYO DE 1935

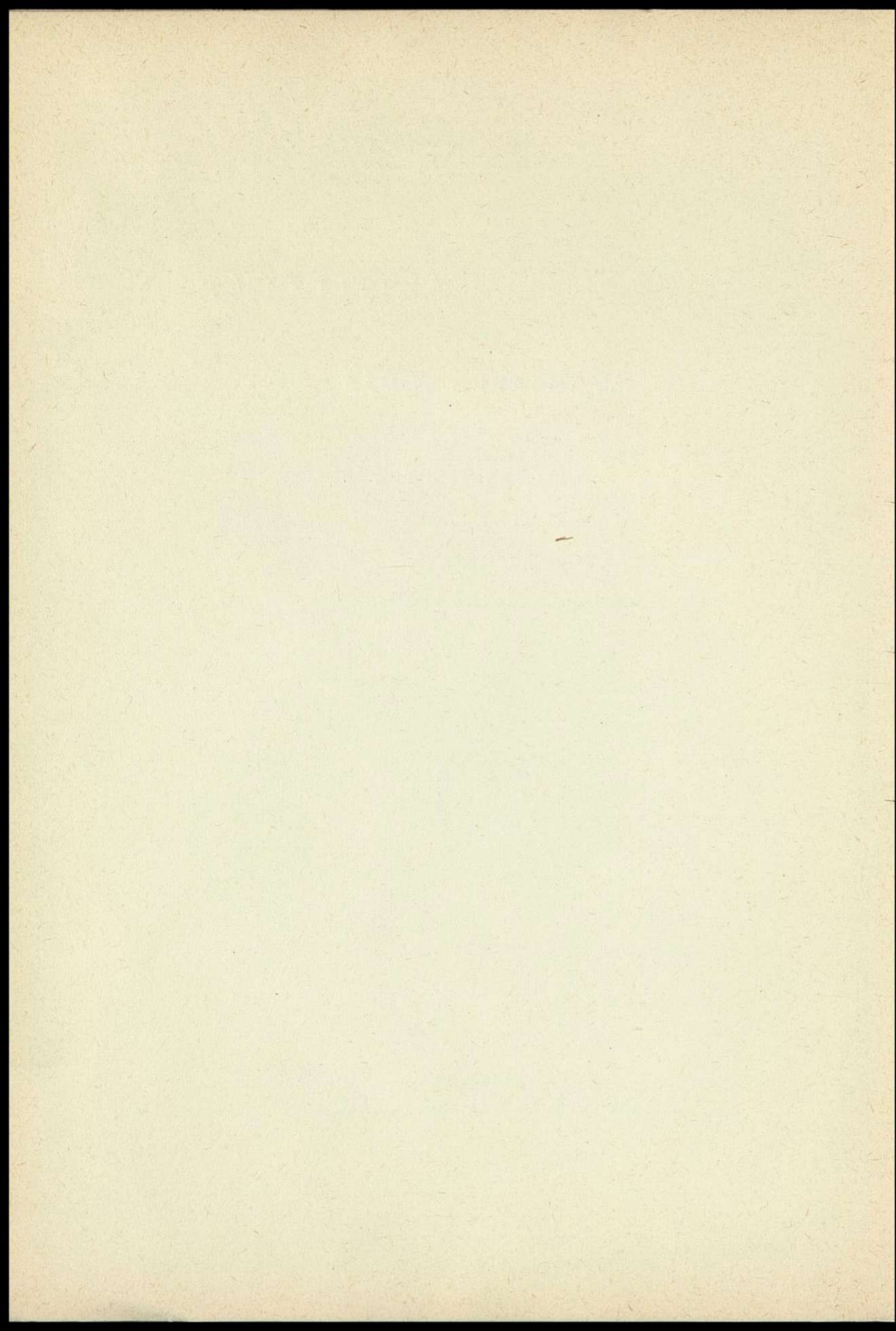
CONTESTACIÓN DE
MIGUEL ARTIGAS FERRANDO



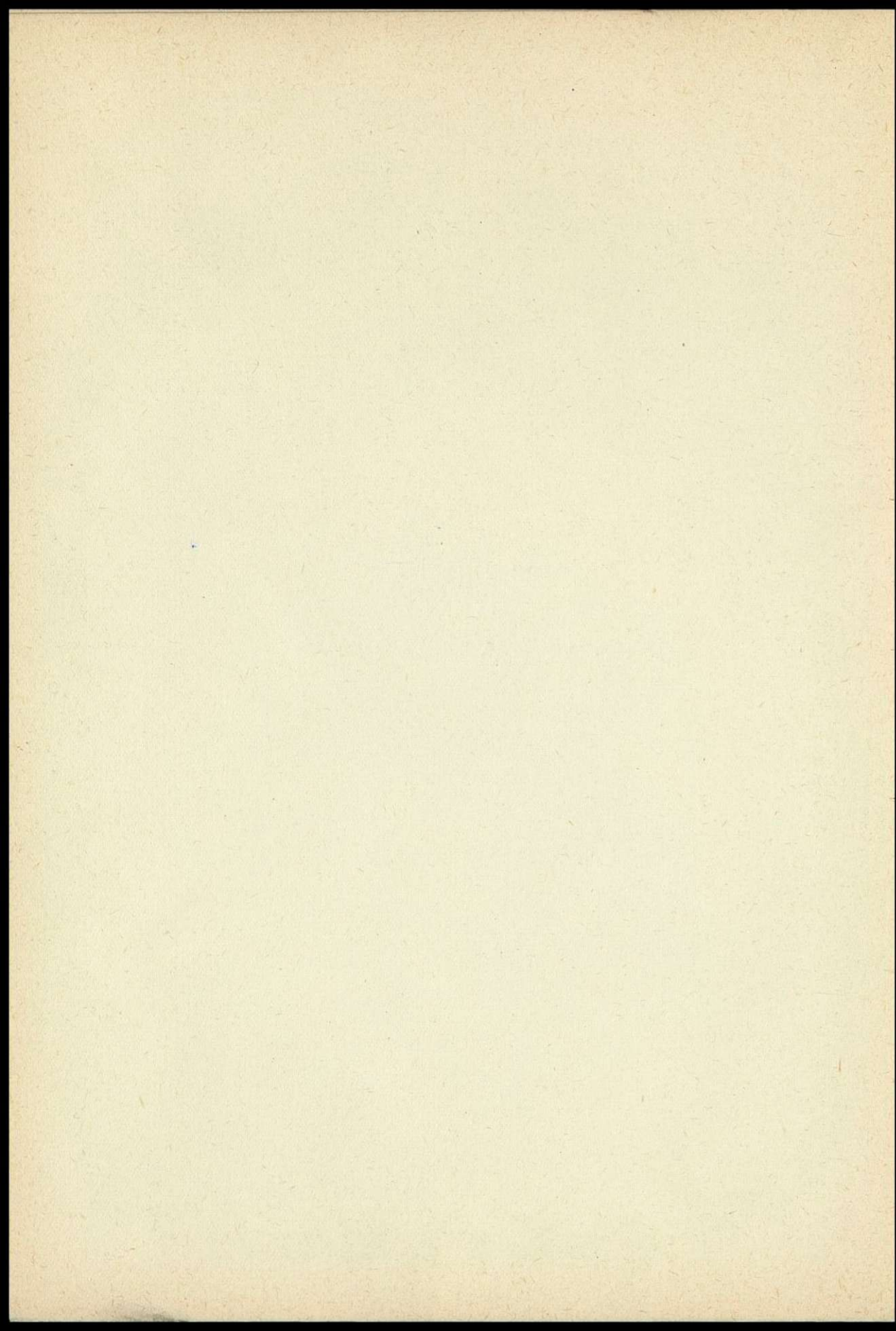
MADRID

TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS. OLÓZAGA, I.

1935



DISCURSO
DE
D. TOMÁS NAVARRO TOMÁS



SEÑORES ACADÉMICOS:

No puedo ofreceros mejor testimonio de mi reconocimiento por el honor con que me habéis distinguido que el interés que he puesto en venir con la menor tardanza posible a realizar este acto de ingreso para poner a vuestra disposición mi humilde esfuerzo en lo que pueda ser útil a vuestras tareas corporativas.

Al elegirme para formar parte de vuestra institución habéis tenido en cuenta, sin duda, no sólo el concepto que haya podido mereceros mi labor personal, sino más bien la consideración de las circunstancias en que dicha labor se ha producido y de las actividades con que se halla enlazada.

Reconozco sinceramente, sin afectación de modestia, que el trabajo a que he venido dedicando la mayor parte de mi tiempo difícilmente hubiera logrado alcanzar, sin la consideración de las circunstancias indicadas, el relieve necesario para obtener el galardón que le habéis concedido.

Se hallan entre vosotros don Miguel Asín, de quien recibí estímulos inolvidables al principio de mis estudios, y don Ramón Menéndez Pidal, a quien debo la orientación definitiva de mi vocación, la instrucción en

la rigurosa disciplina de sus enseñanzas y el consejo generoso que ha guiado en todo momento mi trabajo.

Al dedicar mi atención al estudio de la fonética española como base indispensable para la elaboración del Atlas Lingüístico de nuestro país, mi inclinación fué guiada por el plan de conjunto sobre el cual el señor Menéndez Pidal organizó el programa de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos.

Yo sé hasta qué punto la fortuna de haberme hallado dentro de ese medio, bajo el beneficio inapreciable de una comunicación llena de enseñanzas, ha influido en la marcha de mi trabajo y en la estimación que se le ha concedido, autorizada y enaltecida por vosotros al asignarme un puesto a vuestro lado.

Puntos de coincidencia en materias de estudio y una profunda estimación personal me hacen sentirme unido a la memoria del ilustre académico cuya vacante me ha correspondido ocupar.

El doctor don Carlos María Cortezo poseía excepcionales cualidades que le hicieron brillar en diversas esferas de la vida española. Causa admiración ver cómo habiéndose dedicado tan intensamente al ejercicio de la Medicina, en que tan alta reputación alcanzó, pudo aún reservar las energías necesarias para desarrollar la fecunda labor de recogimiento y estudio de que fueron fruto sus libros originales sobre patología y clínica, sus numerosas traducciones de obras francesas, inglesas y alemanas, referentes asimismo a la cultura médica y su abundantísima colaboración en revistas científicas. Y aún es más sorprendente que al lado de esta actividad profesional el doctor Cortezo pudiese dedicar tanta parte de su tiempo al cultivo de aficiones literarias y

a la intervención directa en actuaciones políticas, que le llevaron a desempeñar la Dirección General de Sanidad, la cartera de Instrucción pública y la presidencia del Consejo de Estado.

Repasando la labor del doctor Cortezo en estos cargos, se encuentran testimonios tan importantes de su competencia y eficacia como la creación del Colegio de Huérfanos de Médicos, en el cual puso tanto cariño y entusiasmo, y la organización del Instituto Nacional de Higiene, del que quiso hacer un fecundo centro de investigaciones biológicas poniéndolo bajo la sabia dirección de don Santiago Ramón y Cajal.

Pero donde con más viveza dejó reflejadas el doctor Cortezo las claras dotes de su espíritu fué en su obra titulada *Paseos de un solitario*, Madrid, 1923, valiosa serie de meditaciones y recuerdos, redactada por vuestro compañero en una época en que la pérdida de la vista y la forzosa limitación de sus ocupaciones habituales le llevaron a una actividad más concentrada en su vida interior.

En esta obra, que el doctor Cortezo fué dictando a sus mecanógrafos, en la imposibilidad de escribirla por su mano, al referir con estilo fácil, ágil y claro de experto conversador, sus juicios e impresiones sobre las personas y sucesos entre los cuales se habían desarrollado sus años más activos de médico, político y escritor, trazó una íntima y cálida visión del Madrid del último tercio del siglo XIX, con sus personajes políticos, rivalidades de partidos, tertulias literarias, fiestas de sociedad, escritores, financieros, artistas, etc.

Sus páginas, de grata e instructiva lectura, muestran con transparente claridad la extensa y varia cul-

tura del doctor Cortezo, nutrida por constantes lecturas y viajes y ayudada por una memoria prodigiosa; la nobleza y generosidad de sus iniciativas, guiadas por altos sentimientos patrióticos y humanitarios, y la refinada sensibilidad de su temperamento, que le hizo poner en el culto de la música y de la poesía sus más íntimas aficiones, y que al pasear resignadamente su ancianidad y su ceguera por los parques madrileños sólo le hacía lamentarse de no poder ver en la primavera los nuevos brotes de las plantas y de no volver a contemplar los paisajes de la Dehesa de la Villa y de Rosales, que para él no podían ser ya más que un recuerdo.

Solicito vuestra atención para tratar de un asunto cuyo enunciado no os ha de ofrecer seguramente la perspectiva de una amena disertación. Voy a hablaros del acento castellano o, dicho más concretamente, de la caracterización de nuestra lengua desde el punto de vista del acento.

En las ideas de dominio común respecto al carácter del lenguaje de cada país, corresponde al acento el papel principal. Fuera de aquellas personas que por motivos especiales pueden referirse concretamente a determinados rasgos de la gramática, del léxico o de la pronunciación, lo corriente es, en la mayor parte de los casos, que las opiniones relativas a cualquier lengua se funden esencialmente en la impresión del acento.

En virtud de esta impresión cada lengua figura en la opinión de las gentes con una fisonomía peculiar, en la cual se aprecian cualidades más o menos gratas y

estimables. Por el acento las lenguas parecen claras u oscuras, suaves o ásperas, monótonas o musicales; unas resultan flexibles y delicadas y otras incultas y rudas, a unas se las admira y elogia y a otras se les considera faltas de belleza y atractivo.

La imagen con que nos representamos una lengua viva es ante todo una imagen acústica. Los rasgos que componen esa imagen responden a los efectos fonéticos que en dicha lengua se aprecian. No se puede, naturalmente, tener tal representación de una lengua que sólo se conoce por la escritura. Las lenguas muertas no son, en realidad, sino lenguas sin acento, lenguas mudas que hablan con los signos de la escritura, sin timbre ni metal de voz.

Una lengua viva es como un instrumento sonoro, con un carácter acústico determinado. Según la destreza e inspiración del ejecutante, el instrumento podrá sonar con mayor o menor soltura, fluidez y facilidad, pero siempre con su propio timbre. El timbre o metal de una lengua o dialecto es lo que llamamos acento, o con nombres más familiares, tonillo o dejo.

No consiste el acento solamente en el elemento musical que estos nombres traen en primer término al pensamiento, sino en el efecto de conjunto que resulta de los diversos elementos fonéticos de la lengua en su dinámica habitual, o sea en su modo de producirse y combinarse, independientemente de su función semántica, voluntaria y consciente en el acto de la expresión.

Son factores del acento el matiz peculiar de los sonidos dentro del tipo fonológico que cada uno representa; la frecuencia relativa con que se emplean unos u otros sonidos en el uso corriente del idioma; el tiem-



po o compás más o menos rápido o lento de la elocución; la medida de la intensidad espiratoria en lo que no afecta a la fonología particular de la palabra, y el movimiento musical de la voz, fuera de su papel en la actualización o determinación lógica y psicológica de cada frase.

Estudiar el acento de una lengua es buscar el secreto de su entraña fonética, base de su caracterización social y causa primaria y permanente de muchas de sus diferencias dialectales y de la mayor parte de las transformaciones ocurridas en su evolución histórica.

No se ha dado aún la fórmula cabal del acento de ningún idioma. La fonética, hasta ahora, se ha ocupado principalmente del estudio individual de los sonidos articulados dentro del reducido campo de la palabra aislada. Son escasos los trabajos dedicados al estudio del mecanismo fonético de la lengua en la frase y en el discurso. Actualmente el análisis cadencial iniciado por el profesor Eduardo Sievers y los trabajos fonológicos del Círculo Lingüístico de Praga se esfuerzan en orientar la atención hacia este terreno. Por desgracia, los medios de investigación objetiva y experimental de que se puede disponer se hallan aún lejos de poseer la perfección necesaria para responder a la delicadeza y complejidad de la materia ¹.

1 El maestro BARBIERI, en su discurso sobre *La Música de la lengua española (La España Moderna, 1892, año IV, número XL)*, no se refirió propiamente al acento; se limitó a tratar de ciertos principios de acústica, comunes a la música y al lenguaje, y de algunas formas de entonación de carácter igualmente general. Anteriormente, SINIBALDO DE MAS, en su *Sistema musical de la lengua castellana (Obras literarias, Madrid, 1852)*,

Nadie ignora, sin embargo, que cada lengua tiene su acento, que cada lengua suena a su manera. Percibimos inmediatamente el acento de las gentes cuyo modo de hablar es diferente del nuestro. El acento que menos conocemos es el que nosotros mismos usamos. Tan difícil es percibir el acento de la lengua materna como oír el timbre de la propia voz.

No hay que pensar que el castellano, como muchos creen, se hable sin tonillo o dejo de ninguna clase. El acento español es tan evidente para el oído francés, por ejemplo, como el francés para el oído español. El acento es el indicio más auténtico por el cual descubrimos la naturaleza de una persona, y es, asimismo, lo primero que a nosotros nos declara y define ante los demás.

Se comprende que en la opinión que se tenga del acento de una lengua extranjera, dado el carácter subjetivo de estas impresiones, influyan los hábitos eufónicos a que cada uno se halle acostumbrado por la prosodia de su propio idioma. También es posible que, traspasando al campo lingüístico impresiones de otro carácter, influyan en el concepto del acento de cada lengua actitudes de simpatía o desafecto motivadas por las relaciones políticas entre unos pueblos y otros. En todo caso, no parece que deba atribuírse mucha importancia a estas influencias. Dentro de ciertas discrepancias de valor secundario, las cualidades esenciales del acento de cada lengua son reconocidas y apreciadas de manera semejante por personas de países e idiomas dis-

tampoco trató del acento, reduciéndose a exponer su artificiosa teoría sobre la cantidad silábica.

tintos. Lo que dijo nuestro compatriota Eximeno de la riqueza musical del italiano, de sus vivas y variadas inflexiones y de su desbordante sonoridad², coincide con lo manifestado acerca de esa misma lengua por escritores franceses, ingleses, daneses, etc. Sobre el español, como veremos después, han expresado asimismo opiniones coincidentes las gentes más diversas.

Por sus propias cualidades acústicas, los sonidos del lenguaje y las combinaciones que con ellos se forman producen en nuestro oído impresiones diferentes. En el fondo, la estética del sonido articulado podría ser considerada dentro de la estética musical. No fué una invención arbitraria del simbolismo poético asignar a cada vocal o consonante determinada aptitud expresiva. Aristóteles recomendaba especialmente a los poetas tener en cuenta el valor ingénito de los sonidos del lenguaje. Juan de la Cueva, Cascales y otros muchos entre nosotros, hasta en libros muy recientes, han dado sobre este punto indicaciones particulares que sería interesante comparar entre sí.

Por efecto natural de esta virtud de los sonidos, las palabras, al lado de su significación histórica, poseen la calidad expresiva correspondiente a su composición fonética. En los vocablos onomatopéyicos ambos elementos se corresponden entre sí. Pero el valor acústico de las palabras desempeña su papel expresivo aun en los casos en que no ocurre esa correspondencia. Toda palabra, en cierto modo, tiene siempre algo de onomatopeya. Aun cuando creamos atender solamente a su

2 A. DE EXIMENO, *Del origen y reglas de la música*, Madrid, 1796, III, págs. 165 y sigs.

valor ideológico, las palabras nos hacen percibir al mismo tiempo el sentido implícito en sus formas sonoras.

La trama habitual y ordinaria de las inflexiones del tono, de la fuerza espiratoria y del compás de la elocución, completa el efecto de los sonidos en lo que se refiere a la expresividad de la forma fonética de las palabras o, como se ha dicho, a la magia evocativa de su esencia musical. Verdad es que por terreno tan resbaladizo puede caerse con facilidad en el desvarío de la lingüística funambulesca, desvarío que Pérez de Ayala representó admirablemente en la ingeniosa figura de su Belarmino. Exagerados unas veces y desatendidos de ordinario, a la fonología moderna corresponde estudiar metódicamente estos hechos, sobre cuya realidad innegable el concepto del acento de cada lengua alcanza en sustancia unanimidad general por encima de las diferencias circunstanciales que en su estimación puedan influir.

En España los idiomas de cuyo acento suele hablarse con más frecuencia, aparte de lo que se dice de las mismas lenguas y dialectos hispánicos, son el francés, italiano, inglés y alemán. Al italiano se le considera musical, armonioso y vehemente; al francés se le elogia por su forma conversable, refinada y flexible; el inglés parece apagado, siseante e impreciso, y al alemán se le juzga áspero y duro.

La opinión común ha dado formas pintorescas a estas impresiones, como se ve en el viejo dicho atribuído a Carlos V y ya citado por Capmany y Forner, según el cual el inglés es lengua para hablar con los pájaros, el italiano para tratar con las damas, el francés para conversar con los hombres y el español para dirigirse a

Dios. Una coplilla de tradición escolar, insistiendo en estos mismos conceptos, dice:

Silbido es la lengua inglesa,
canto armonioso la hispana,
conversación la francesa
y un suspiro la italiana.

Hace poco, Unamuno, hablando del inglés insular, le llamaba susurro marino. En cuanto al alemán, las alusiones con que suele figurar en los dichos citados, le atribuyen de ordinario crudeza semejante a la notada por el emperador Juliano en los cantos guerreros de los primitivos germanos.

Respecto al español, ¿cuál es en realidad el carácter de su acento? ¿Qué rasgos le distinguen entre los acentos de las demás lenguas? ¿Podemos nosotros definir su composición y opinar con imparcialidad acerca de sus cualidades estéticas?

Toda lengua es grata, dulce y armoniosa para quien la habla como idioma natal. Las palabras de prosodia más abrupta suenan eufónicamente en los oídos de quienes las aprendieron de los labios maternos. Para los naturales de un idioma las palabras despiertan múltiples resonancias aparte de las que corresponden propiamente al efecto acústico de los sonidos. En *Persiles y Sigismunda*, cuando los extraviados aventureros, después de días angustiosos, llegan a una costa donde oyen hablar español, exclama emocionado uno de ellos: "Pues el cielo nos ha traído a parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias." (Lib. I, cap. XI.)

En los elogios que la lengua española ha recibido en

diferentes ocasiones de algunos de nuestros escritores, rara vez se alude concretamente a las cualidades del acento. Se fundan por lo general dichos elogios en sentimientos patrióticos, en consideraciones históricas y en aspiraciones políticas o culturales, más bien que en la apreciación especial de las condiciones y recursos de la lengua misma. Aunque participemos del fervor y entusiasmo de estas alabanzas y admiremos además la elocuencia con que muchas de ellas fueron escritas, no podemos menos de reconocer que las virtudes que ensalzan no pueden ser señaladas como privilegio de nuestro idioma. ¿Quién no hallará en su propia lengua, como Forner elogiaba en la nuestra, majestad para las cosas grandes, sencillez para las familiares, ternura para las amorosas, etc.?³

Donde se encuentra la información más interesante e instructiva y los juicios que podemos considerar más imparciales sobre el carácter del acento español es en los escritores extranjeros. Numerosos literatos, profesores y viajeros de diferentes países han declarado el efecto que les ha producido oír hablar nuestra lengua. La imagen de nuestro acento, que no podemos apreciar en nosotros mismos, nos la da, reflejada, el oído de las gentes de otros idiomas.

Coinciden la mayor parte de las manifestaciones de

3 Los elogios en que dentro de este estilo se habla con mayor elocuencia de las cualidades del español son los de FERNANDO DE HERRERA, *Anotaciones a Garcilaso*, Sevilla, 1580; BERNARDO DE ALDRETE, *Del origen y principio de la lengua castellana*, Roma, 1606; JUAN PABLO FORNER, *Exequias de la lengua castellana* (1782), y EMILIO CASTELAR, *Discurso de ingreso en la Academia Española* (*Memorias de la Academia*, tomo VI, Madrid, 1889).

estos autores en señalar en el acento español tres rasgos principales: sonoridad, aire varonil y tono de dignidad.

Con relación al primero de estos rasgos dijo el americano Richard Ford que el lenguaje español, por su riqueza, sonoridad y flexibilidad es en sí mismo como una especie de verso libre ⁴. Otro americano, Hillard, 1850, cuenta que en una asamblea celebrada en Roma en que se hablaron hasta unas sesenta lenguas diferentes, el español sobresalió entre todas por su sonoridad y belleza prosódicas ⁵. El filólogo sueco F. Wulff escribió que en su opinión la lengua española es la más sonora, armoniosa, elegante y expresiva entre los idiomas románicos ⁶. Más terminante aún el inglés Borrow, dijo que el español es la lengua más sonora que existe ⁷.

El fundamento de esta cualidad se halla, sin duda, en el carácter de las vocales españolas y, sobre todo, en el de los tipos de esas mismas vocales que la lengua usa con mayor frecuencia. El timbre de las vocales más usadas determina el matiz predominante en el color del acento.

Sobre la base común del latín, cada una de las lenguas romances ha elaborado un sistema vocálico diferente. Entre las vocales latinas el español se inclinó con señalada preferencia por las más abiertas y de mayor

4 R. FORD, Reseña de *Ancient Spanish Ballads* de Lockhart en *The Edinburgh Review*, 1841, LXII, 43.

5 El texto de Hillard se halla en E. BUCETA, *La tendencia a identificar el español con el latín (Homenaje a Menéndez Pidal*, I, 103, n.).

6 F. WULFF, *Un chapitre de phonétique*, en *Recueil de mémoires philologiques présenté à Gaston Paris*, Stockolm, 1889, pág. 216.

7 G. BORROW, *La Biblia en España*, trad. M. Azaña, Madrid, I, 53.

perceptibilidad, y además simplificó y estabilizó el sonido de cada vocal concentrándolo en su forma más pura. La *a* es el más frecuente de los sonidos españoles, tanto vocales como consonantes. A la *a* siguen, sucesivamente, la *e* y la *o*. Estas tres vocales, las de mayor alcance sonoro, son los tres sonidos básicos de la fonología española. Las vocales débiles, cerradas, *i*, *u*, se usan en proporción mucho menor. La frecuencia de la *u* sólo representa, aproximadamente, el 2 % en el uso ordinario de los sonidos, y la de la *i* el 4 %, en tanto que la *a* alcanza el 12, la *e* el 10'15 y la *o* el 8.

Estas proporciones no se dan en todas las lenguas del mismo modo. En latín las vocales predominantes fueron la *e* y la *i*. La *a* figuraba en tercer lugar. La *o* por su parte se daba también en proporción inferior a la *u*. El efecto del conjunto del vocalismo latino, con su abundancia de *e*, *i*, *u*, tuvo que ser necesariamente menos claro y sonoro que el del español.

En italiano, como en latín, la vocal más frecuente es la *e*. La *i* se usa en italiano casi en igual proporción que la *a* y la *o*. Mientras la proporción de la *a* es en italiano menor que en nuestra lengua, la frecuencia de la *i* italiana representa casi el doble de la castellana. La sonoridad prosódica del italiano, dentro de su riqueza musical, aparece, en efecto, limitada por el timbre palatal de la *e* y la nota aguda y chillona de la *i*.

La *e* es también en francés la vocal más frecuente, como en italiano y en latín. La *a* se usa en francés más que en italiano, y casi tanto como en español, pero la proporción de la *e* francesa domina considerablemente sobre la de la *a*. El francés tiene menos *i* que el italiano; en cambio, se sirve más de la *u*, aparte de su peculiar

y abundante *ü*. El timbre oscuro de la *u* y de la *ü*, la abundancia de vocales nasales y el sonido mixto, apagado y frecuentísimo de la *e* muda, reducen notoriamente la sonoridad del vocalismo francés.

El español no tiene vocales nasales, mixtas ni propiamente relajadas; tampoco hace diferencias tan marcadas como otros idiomas entre vocales largas y breves, ni entre variantes abiertas y cerradas de una misma vocal. La serie vocálica del español es la más clara y sencilla de las lenguas europeas. El instinto eufónico de Castilla, rechazando formas vagas y vacilantes y definiendo desde muy temprano sus preferencias prosódicas, elaboró un vocalismo firme y transparente, que no es sólo fundamento de la sonoridad que los extranjeros admiran en nuestra lengua, sino que además, como ha dicho el señor Menéndez Pidal, constituye el fundamento de la sorprendente uniformidad con que el español mantiene su unidad fonética en todos los países en que se habla ⁸.

Sobre el carácter varonil del acento castellano se encuentran, asimismo, en los escritores extranjeros numerosas referencias. En ellas se hace notar repetidamente que la contextura fonética de dicho acento le permite ser a la vez enérgico y suave, denso y flexible, dulce sin blandura y vigoroso sin dureza. Waldo Frank vería en la combinación de estas cualidades uno de los aspectos

8 R. MENÉNDEZ PIDAL, Prólogo a *A Primer of Spanish Pronunciation*, de T. NAVARRO TOMÁS y AURELIO M. ESPINOSA, New York, 1926.

de la ecuación de equilibrio en que considera concentradas las fuerzas del alma española ⁹.

Con frecuencia aparecen en parangón sobre este punto el castellano y el italiano. Al castellano se le reconoce una arquitectura más fuerte y acusada. Para el gramático francés Mallefille el italiano parece haber heredado especialmente la dulzura del latín, dejando el nervio al español: el italiano, dice, es la hija del latín, y el español el hijo ¹⁰.

Nuestros escritores del Siglo de Oro tenían ya esta misma impresión. Fernando de Herrera decía que la lengua castellana “en la facilidad y dulzura de su pronunciación se debe tratar con más honra y reverencia, y la toscana con más regalo y llaneza”. Bernardo de Aldrete advertía que “si buscamos suavidad y dulzura, el castellano la tiene acompañada de gran ser y majestad, conveniente a pechos varoniles y nada afeminados”.

La impresión de fortaleza del acento castellano procede sin duda del relativo volumen y relieve que en nuestra lengua tiene el acento de intensidad. En francés el acento particular de las palabras se atenúa y apaga bajo el acento de la frase. El italiano realza las palabras con la elevación del tono más que con el reforzamiento de la intensidad. En español la sílaba acentuada de cada palabra determina dentro de la línea del discurso un apoyo del esfuerzo espiratorio, apoyo mayor o menor, según el impulso emocional con que la palabra se pronuncia.

9 W. FRANK, *España virgen*, Madrid, 1927, págs. 216-218.

10 L. MALLEFILLE, “Etude du caractère de la langue espagnole” en *Cours de Langue espagnole*, Paris, 1854; H. GAVEL, *Essai sur l'évolution de la prononciation du castillan*, Biarritz, 1920, pág. 511.

En suma, el acento de intensidad resulta visiblemente en castellano más fuerte que en italiano y más regular y frecuente que en francés.

Los órganos que producen y regulan las modificaciones de la intensidad se hallan en la cavidad torácica. El carácter varonil que da al español el uso de dicho acento resulta de la actividad que su naturaleza y mecanismo exigen de ese centro del cuerpo. La tensión y energía en que se funda el énfasis de la expresión las pone el francés principalmente en la boca, el italiano en la garganta y el español en el pecho. Se ha observado acertadamente que el castellano requiere ser hablado con plenitud y franqueza, llenando con el aliento vital el amplio volumen de los vocablos ¹¹.

Reducida a la proporción correspondiente al lenguaje femenino, esta cualidad se manifiesta asimismo en el habla de la mujer castellana, si bien aquí la intensidad, en lugar de proyectarse hacia la elocución exterior, se traduce más generalmente en densidad y amplitud de las resonancias interiores.

El peligro de la energía espiratoria consiste en la facilidad con que puede conducir a formas de excesiva violencia en la elocución apasionada. Refiriéndose al famoso discurso con que el emperador Carlos V retó a Francisco I ante el papa Paulo III, decía el francés Branthôme que si el Emperador en aquella ocasión se sirvió del español en lugar del latín acostumbrado, debió ser, entre otros motivos, porque la lengua española po-

11 S. MADARIAGA, *Ingleses, franceses y españoles*, Madrid, 1929, pág. 309.

see cualidades especialmente adecuadas para la bravata y la amenaza ¹².

Recientemente esta idea, tras de abultarla hasta la exageración, ha sido arbitrariamente explicada diciendo que el español, por hábitos de dominio y autoridad adquiridos en siglos de conquistas y de imperialismo político, usa como modo de expresión ordinario y corriente la exclamación, el grito y el mandato ¹³. Esta afirmación, puesta al frente de una colección de textos de Nebrija, Valdés, fray Luis de León, Ambrosio de Morales y otros escritores de los siglos XVI y XVII, resulta de todo punto incongruente. Los textos indicados, modelo de estilo ponderado y discursivo, contradicen rotundamente la opinión del coleccionador.

Branthôme, con más tacto y acierto, se limitó a señalar la aptitud del español para la expresión autoritaria e imperativa, sin atribuirle este modo de expresión como uso corriente y peculiar. El ímpetu del acento espiratorio puede dar lugar, en efecto, a estas descargas bruscas y violentas que Pereda gustaba de poner a veces en boca de algunos de sus personajes, describiéndolas con vigorosa plasticidad. En un pasaje de *Sotileza* la voz de la Carpia, dejándose oír de pronto al fondo del carrero, arrojó a Gilda, dice Pereda, hasta lo más escondido de la alcoba, como si tuviera la fuerza material de una catapulta ¹⁴. En *La Puchera* es el Berrugo el que suele

¹² *Oeuvres complètes de Branthôme*, ed. de la Bibliothèque Elzevirienne, tomo IX, pág. 79.

¹³ J. F. PASTOR, *Las apologías de la lengua castellana*, Madrid, 1929, pág. XIX.

¹⁴ J. M. PEREDA, *Sotileza (Obras completas)*, Madrid, 1888, IX, pág. 109).

hablar con esa energía: “¿Doña Inesita y doña... quién?” —preguntó don Baltasar, con una fuerza de acento en el *quién* que la sintió don Elías en los riñones, lo mismo que si por allí le hubiera atravesado el Berrugo con las puntas del horcón”¹⁵.

En medios de cultura deficiente las violencias de expresión se producen más o menos del mismo modo en todos los idiomas. La relativa intensidad que da su temple varonil al acento castellano está lejos de tales excesos. El rasgo que más unánimemente se le reconoce a este acento en las alusiones que los extranjeros le han dedicado, no es tanto la sonoridad ni la energía como la dignidad, rasgo incompatible en todo caso con cualquier desproporción o exceso en los recursos expresivos de la palabra hablada.

En un autor se lee que el castellano con su nobleza y dignidad ejerce poderosa atracción sobre la mente y el oído¹⁶; otro añade que la armonía y majestad de esta lengua sorprende y deleita a los viajeros del Norte¹⁷; otro halla justificado en estas solas cualidades el que se haya dicho que la lengua española es la más adecuada para hablar con Dios¹⁸. Basta citar estas notas de ilustres profesores de Nueva York, Cambridge y Bruselas, entre otras muchas referencias semejantes. Des-

¹⁵ J. M. PEREDA, *La Puchera (Obras completas)*, Madrid, 1889, XI, pág. 134).

¹⁶ W. R. SHEPHERD, de Columbia University, ap. E. C. HILLS en *Hispania*, California, 1923, VI, 146, n.

¹⁷ J. B. TREND, *A Picture of Modern Spain*, London, 1921, pág. 85.

¹⁸ L. P. THOMAS, *Le lyrisme et la préciosité cultiste en Espagne*, Halle, 1909, pág. 22.

pués de esto no puede parecer excesivo que un autor hispanoamericano haya escrito con satisfacción que sólo el hecho de hablar en castellano es ya de suyo dar alta alcurnia al discurso ¹⁹.

Así como la sonoridad se funda principalmente en el timbre de las vocales y la entereza varonil en la intensidad espiratoria, la nobleza y dignidad que se observa en el acento castellano tienen por base fonética la entonación. El lingüista noruego John Storm, autor de importantes estudios fonéticos sobre diversas lenguas, comparando la entonación española con la italiana, hizo notar que mientras esta última, con sus vivas y amplias ondulaciones, recorre toda la escala musical, la cadencia del castellano, más uniforme, severa y mesurada, se concentra en formas precisas y no tan numerosas ²⁰.

El mismo autor en otro lugar, extendiendo la comparación al francés, añadió que para un oído especialmente habituado a la prosodia de las lenguas germánicas, la entonación francesa resulta de ordinario algo alta, delicada y como femenina; el italiano muestra un registro más rico, completo y variado y con más amplios intervalos que el francés; la entonación italiana produce cierta impresión de vehemencia; la francesa es más propiamente refinada; el español, por su parte, es más grave, digno, varonil y marcial, y emplea intervalos más definidos que las otras lenguas romances ²¹.

La cadencia musical del español, especialmente en

19 G. ZALDUMBIDE, *Significado de España en América*, en *Boletín del Instituto de las Españas*, 1933, III, núm. 9.

20 J. STORM, *Romanische Quantität*, en *Phonetische Studien*, 1889, II, 147.

21 J. STORM, *Englische Philologie*, Leipzig, 1892, II, 186-7.

Castilla, es, en efecto, relativamente grave y reposada. El italiano y el francés se hablan, por lo general, en tono más alto y con ritmo más rápido que el castellano. Al hablar italiano o francés el individuo acostumbrado al castellano se siente movido a elevar la línea de la voz sobre su tono habitual. Franceses e italianos experimentan el efecto contrario al hablar español.

En el movimiento melódico de la conversación o del discurso el castellano no desarrolla escalas ascendentes y repetidas como el francés, ni giros ampliamente ondulados como el italiano, ni inflexiones descendentes como el inglés, ni líneas quebradas y angulosas como el alemán. El castellano sitúa el tono en la altura que corresponde a cada grupo melódico y lo sostiene, como en equilibrio, en el mismo nivel aproximadamente, dentro del cuerpo de dicho grupo. La entonación castellana no se compone de escalas, arpegios ni ligaduras, sino de notas prolongadas, relativamente uniformes, acordadas entre sí por intervalos regulares. El orden y compás de estos movimientos y la pureza y sobriedad de estas líneas dan al acento castellano su pausada armonía y su señorial distinción.

Se comprende que tales cualidades, unidas al señalado relieve de la intensidad espiratoria, hayan hecho apreciar en el acento español cierto aire marcial. Lo observó Storm, como se ha visto, en el pasaje antes citado, y lo advirtió asimismo, entre otros, Longfellow diciendo que no obstante su suavidad prosódica el español resuena como música marcial²². La lengua de versos de

²² Ap. M. ROMERA NAVARRO, *El hispanismo en Norteamérica*, Madrid, 1917, pág. 56.

oro y de vibración marcial ha llamado al español un poeta antillano ²³.

Por otra parte, las notas uniformes e insistentes de la entonación española, sus trazos largos, sus inflexiones claras y su ritmo reposado se prestan de manera especial al estilo grandilocuente y ampuloso. Los elementos melódicos de la lengua, ensanchándose sobre su proporción ordinaria, convierten la marcialidad en arrogancia, la dignidad en énfasis y la compostura y decoro en majestad.

En las *Exequias* de Forner el español Arcadio notaba con complacencia el hecho de que entre las diversas gentes pobladoras del Parnaso se hiciesen conocer nuestros compatriotas por la pompa y boato de su acento ²⁴. Con análoga satisfacción comentaba el maestro Barbieri que un escritor francés hubiese llamado al español, por su riqueza y ampulosidad prosódicas, la lengua de los oradores ²⁵.

Decía Schlegel que el español es una lengua sonora, ligera y flúida, con musicales períodos, amplios y majestuosos, que acarician deliciosamente el oído ²⁶.

El norteamericano Hillard, ya mencionado, consideraba el español admirablemente adecuado para grandes ocasiones y elevados pensamientos: "modo de expre-

23 L. DÍAZ, *A la lengua castellana*, en *Programa de lengua española*, de C. Gómez Tejera, San Juan de Puerto Rico, 1933, pág. 460.

24 J. P. FORNER, *Exequias de la lengua castellana*, Madrid, *La Lectura*, 1925, pág. 91.

25 F. A. BARBIERI, *La música de la lengua española*, en *La España Moderna*, 1892, año IV, núm. XL, 157.

26 W. VON SCHLEGEL, *Sämtliche Werke*, XI, 419; ap. J. J. A. BERTRAND, *Cervantes et le romantisme allemand*, Paris, 1914, pág. 135.

sión —decía— propio de reyes y embajadores; pero por esto mismo le parecía que no podría plegarse con flexibilidad y sencillez al trato común de la vida diaria. El sueco Wulff manifestaba, por su parte, que la lengua española, al lado de su sonoridad, armonía y elegancia, posee también cierta afectación solemne y pomposa que a veces fatiga ²⁷.

Españoles y extranjeros se han referido, sin duda, en este punto a manifestaciones especiales de la lengua que no reflejan justamente el carácter normal del acento español. Es sobre todo en la declamación y en la oratoria donde el español deriva con frecuencia hacia el tono ampuloso y enfático. No son muchas las personas que teniendo que hacer uso de la palabra en un acto público aciertan a expresarse con sencillez y naturalidad. Gentes que se distinguen por la llaneza de su conversación adoptan un aire afectado y solemne al pronunciar un discurso.

En las compañías dramáticas una de las mayores dificultades para los directores artísticos consiste en evitar la declamación afectada. Cervantes, en *Pedro de Urdemalas*, al enumerar las cualidades del buen actor advertía, entre otras cosas, que ha de ser “no afectado de ademanes ni ha de recitar con tono” ²⁸. Maese Pedro, desde dentro de su retablo, aconsejaba llaneza a su criado viéndole encumbrarse demasíadamente en su relato. En comedias modernas se encuentran, asimismo, indicaciones de los autores recomendando a sus intérpre-

27 F. WULFF, *Un chapitre de phonétique*, en *Recueil...*, présenté à Gaston Paris, Stockholm, 1889, pág. 216.

28 CERVANTES, *Teatro*, ed. Schevill y Bonilla, III, 218.

tes que huyan del tono solemne y declamatorio ²⁹. Ha quedado como tipo proverbial de énfasis la figura del cómico de la legua ³⁰.

En el trato ordinario y corriente el español no tiene la solemnidad y majestad a que las citas anteriores se refieren. En la escena, en los púlpitos, en asambleas y congresos y en los lugares habituales de la propaganda política se encuentran, en cambio, ejemplos abundantes de lenguaje enfático. La grandilocuencia y ampulosidad no se dan, en fin, en español como rasgos peculiares del acento, sino como formas convencionales de una tradición artística, cuya orientación encontré, sin duda, terreno propicio en las cualidades fonéticas del idioma.

En varias referencias extranjeras la cualidad señalada como rasgo principal del español es la armonía. El testimonio más reciente en este sentido se lee en una gramática para la enseñanza del español en Rumania, al frente de la cual el ilustre profesor Iorga declara que el español es la más armoniosa de las lenguas modernas ³¹. No se funda esta cualidad, como creía Mayans, en que las palabras españolas sean regularmente largas y carezcan de complicados grupos de consonantes ³², ni en la proporcionada combinación de consonantes y vocales,

29 J. BENAVENTE, *Teatro*, Madrid, 1913, I, 25.

30 “¡Señor barón! —exclamó el clérigo con voz enfática de cómico de la legua—: ¡Tiene usted el alma tan fea como el rostro!” A. PALACIO VALDÉS, *El Maestrante*, Madrid, 1915, página 344.

31 I. GIL REGLERO, *Limba spaniola. Gramática española para rumanos*, Bucarest, 1934.

32 G. MAYANS Y SÍSCAR, *Orígenes de la lengua española*, Madrid, 1737, I, 195.

como decía Capmany³³, ni en lo muy variamente colocados que pueden estar en las palabras los acentos, como se dice en la Gramática de la Academia³⁴. Cualquiera de estas circunstancias se da casi de la misma manera que en español en varias otras lenguas, sobre todo entre las de la misma familia romance. La armonía del español es el efecto total en que se combinan proporcionalmente el timbre claro y lleno de las vocales, el temple medio de las consonantes, el movimiento regular de la intensidad espiratoria y el giro grave, sobrio y mesurado de las inflexiones musicales de la voz.

Obsérvase que el modo de hablar a que se refieren las opiniones que venimos comentando es, en especial, el de las provincias castellanas. Algún autor lo advierte así expresamente concretando sus noticias a las cualidades que se aprecian en la prosodia castellana cuando se oye entre las gentes de la misma región que ha dado nombre a la lengua³⁵. Los acentos de las demás regiones y países hispánicos, en sus múltiples variedades, ofrecen otros caracteres y sugieren otras impresiones.

En el acento andaluz, de manera general, y especialmente en su modalidad sevillana, la articulación es más blanda que en castellano, la intensidad espiratoria más débil, el ritmo más rápido y el tono más agudo. Los giros melódicos del andaluz son ágiles, flexibles y vivos, se elevan en ligeras escalas hasta notas relativamente agudas y caen armoniosamente con gracia y suavidad. La

33 A. DE CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, 1777, pág. 32.

34 ACADEMIA ESPAÑOLA, *Gramática de la lengua castellana*, Madrid, 1928, pág. 511.

35 J. B. TREND, *A Picture of Modern Spain*, London, 1921, pág. 85.

viveza y gracejo del habla andaluza se presta sobre todo a elegantizarse y lucir en bocas femeninas. Suárez de Figueroa en *El Pasajero* elogió con efusivas palabras la voz y la pronunciación de las mujeres sevillanas³⁶. Así como de la mujer gallega se dice que parece que arrulla cuando habla, el modo de hablar de la andaluza se compara más bien con el gorjeo del pájaro. De la Goletera de Arturo Reyes, por ejemplo, se nos dice que hablaba como si tuviera una alondra en la garganta. El hablar y la risa de la molinera de *El sombrero de tres picos*, modelada sobre molde andaluz, sonaban como repique de sábadó de gloria.

En el conjunto de los acentos peninsulares, el gallego se distingue por su ritmo lento y su dulzura melodiosa. Sus modalidades más pausadas, armoniosas y cantarinas se oyen en los pueblos de las montañas gallegas. El vocalismo gallego tiene matices más cerrados y oscuros que el castellano, aunque en grado menor que el portugués. La base de la articulación gallega, intermedia entre la castellana y la portuguesa, se inclina hacia la parte posterior de la cavidad bucal, lo cual contribuye al efecto blando, recogido y lírico de los sonidos. Su rasgo melódico más saliente consiste en la frecuente repetición de un movimiento de la voz en que el tono, empezando la frase o el grupo fónico en una nota relativamente aguda, desciende con inflexión suave y ondulada en las sílabas siguientes. Navarro Ledesma, haciendo resaltar la blandura y suavidad de este acento, decía de Xan, el sentimental gallego de su *Egloga*, que ni siquiera sabía arrear la mula, porque lo hacía con tanto mimo

³⁶ CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA, *El Pasajero* (*Bibliófilos Españoles*, XXXVIII, Madrid, 1914, pág. 418).



y en tono tan dulzón que el pobre animal se quedaba dormido ³⁷.

El acento catalán produce un efecto prosódico robusto y lleno. Sobresalen entre sus vocales los sonidos claros, a pesar de la abundancia del sonido neutro y apagado de sus *aa* y *ee* inacentuadas. Sus consonantes se articulan en general con firmeza y precisión. Al contrario que el portugués, que se articula interiormente, con las mandíbulas casi cerradas, el catalán se pronuncia con poderosa resonancia de amplia abertura bucal. El catalán y el valenciano superan en sonoridad y claridad al portugués y al gallego. El portugués y el gallego aventajan al catalán y al valenciano en dulzura y suavidad. Imprimen cierta dureza al catalán la tensión de sus consonantes finales, el esfuerzo relativo de su impulso espiratorio y el ímpetu de su entonación. El valenciano Eximeno decía que la pronunciación catalana es sonora y bien modulada, pero algún tanto áspera y ruda ³⁸. Coincidiendo con esta misma impresión se ha dicho más literariamente que la condición del catalán asoma en su romance, que porta el olor de los pinos montañoses con la brea de los bajeles piratas y la sal del mar ³⁹.

El acento hispanoamericano ofrece formas muy diversas en lo que se refiere a la pronunciación de determinados sonidos, y sobre todo en las modalidades del ritmo y de la cadencia musical. En la idea corriente en España

37 F. NAVARRO LEDESMA, *Egloga*, en *Prosistas Modernos*, ed. de Díez CANEDO, en la *Biblioteca del Estudiante*, Madrid, 1922, pág. 252.

38 A. DE EXIMENO, *Del origen y reglas de la música*, Madrid, 1796, III, 176.

39 R. DEL VALLE INCLÁN, *La lámpara maravillosa (Opera Omnia*, I, Madrid, 1916, pág. 77).

respecto al acento hispanoamericano parece haber influído principalmente la impresión del habla antillana. Se le atribuye en general una lentitud blanda y perezosa, una dulzura y languidez, que aun en las Antillas no corresponde tanto al habla de los jíbaros montañeses como a la de las costas y tierra llana, donde abunda más la gente de color. El que haya podido recoger impresiones del habla hispanoamericana recordará entre la multitud de sus variantes la refinada modulación del ecuatoriano de Quito; las escalas repetidas, gradualmente ascendentes, de la entonación argentina de Jujuy; las líneas sostenidas, elevadas y uniformes con cadenciosos descensos finales del venezolano de Caracas, y la sincopada melodía portorriqueña, sembrada de frecuentes y rápidas inflexiones agudas.

¿Cuál puede ser el origen de esta diversidad de acentos? ¿Cómo se han producido dentro de la misma lengua estas cadencias, dejos y tonillos que tan claramente distinguen entre sí a castellanos, aragoneses, andaluces, argentinos, chilenos, mejicanos, etc.?

No sólo cada país o región, sino cada individuo tiene en su modo de hablar un sello propio e inconfundible. El elemento más significativo del acento individual es el timbre de la voz. Por la voz reconoció el viejo y ciego Isaac a su hijo Jacob, aun cuando por las manos lo confundió con Esaú. María Magdalena reconoció la voz amada del Maestro en el huerto del Santo Sepulcro al rayar el día de la Resurrección. El que cambia de ropas y se encubre el rostro para no ser conocido, no se disfraza realmente mientras no deforma la voz. En este sentido resultan impropias situaciones escénicas como la de la Hostería del Laurel de *Don Juan Tenorio*, en la

que don Pedro Tenorio habla a su hijo en voz natural, sin que éste le reconozca por el simple hecho de verle cubierto con un ligero antifaz.

Mientras en el teatro y en las novelas amigos y familiares suelen hablarse sin conocerse, las gentes saben reconocer por la voz al vecino que habla en la calle o al que llama de noche a la puerta. No hace mucho daba noticia la prensa de una mujer que había reconocido por la voz, en el locutor de una radioemisora lejana, a un hijo que hacía años había desaparecido de su casa. La impresión de la voz es honda y duradera; muchos recuerdos se borran de la memoria antes que el recuerdo de la voz.

El acento individual, en los matices del timbre, tono e intensidad de la voz y de la palabra, refleja condiciones particulares psicofisiológicas, y acompaña inseparablemente a cada persona, lo mismo al hablar la lengua propia que al servirse de un idioma extranjero. El acento idiomático consiste, por su parte, en formas externas establecidas como hábitos colectivos, cuya adopción, inconsciente o voluntaria, nos adscribe al tono y estilo de una comunidad lingüística determinada.

Entre los rasgos fonéticos que componen nuestro modo de expresión, unos corresponden al medio social en que nos hemos criado y otros son efecto de nuestra propia manera de ser y nos caracterizan y distinguen sobre el fondo prosódico del acento idiomático común.

La variedad infinita de la expresión oral, considerada sobre individuos de todos los países e idiomas, se reduce, según Ottmar Rutz, a cuatro tipos cardinales. Al primero, caracterizado en sus manifestaciones psicofisiológicas por la forma redondeada, el giro circular y

la voz blanda, oscura y melodiosa, corresponden principalmente los italianos, polacos, sudeslavos y rumanos. El segundo, de formas y giros oblongos, elípticos, de voz blanda y clara y de sobria y mesurada melodía es el de los alemanes, austríacos, suizos, ingleses y holandeses. El tipo tercero, de formas triangulares y líneas quebradas, de voz clara y metálica y de cadencias más rítmicas que melodiosas, es el modo griego, céltico y semítico y predomina entre franceses y españoles, aunque influido en estos pueblos por los tipos primero y segundo de romanos, germanos y anglosajones. El tipo cuarto, de trazos mezclados e informes y de voz oscura y dura, parece principalmente representado por los pueblos negros de Africa.

Dentro de esta arriesgada clasificación, cuyos principios no han dejado de merecer la aquiescencia de psicólogos y lingüistas autorizados, Rutz halla una íntima correspondencia entre los rasgos de la expresión oral y la forma, movimiento y actitudes del cuerpo. Por los caracteres geométricos que en estos fenómenos se manifiestan, al primero de los tipos indicados se le ha llamado esférico, al segundo parabólico, al tercero piramídico y al cuarto poligónico. Rutz asegura que fray Luis de León perteneció al tipo piramídico puro o templado y Calderón al tipo piramídico cálido ⁴⁰.

La afinidad de condiciones de temperamento y de carácter y la influencia de circunstancias semejantes de parte del medio físico y social dan lugar a hábitos fonéticos colectivos que diferencian el acento de cada país

⁴⁰ O. RUTZ, *Musik, Wort un Körper als Gemütsausdruck*, Leipzig, 1911, pág. 229, y *Vom Ausdruck des Menschen*, Celle, 1925, págs. 46 y sigs.

o región del de las gentes de los demás pueblos del mismo tipo genérico. En la manera de modelar la forma de las palabras, en la tendencia que guía la modificación y selección de los sonidos para constituir un sistema fonético y en la configuración rítmica y melodiosa de la línea del discurso, cada pueblo da preferencia a las modalidades que mejor se ajustan a la expresión de su carácter. Uno, como, por ejemplo, el francés, labra y perfila con esmero sonidos, sílabas e inflexiones; otro, como el inglés, realiza las articulaciones y movimientos de la palabra de manera vaga, imprecisa y relajada; alguno, como el italiano, se esfuerza en la proyección exterior de los fenómenos fonéticos en formas claras y sonoras, y otros, como el portugués, se inclinan a la pronunciación apagada, de suaves y recogidas resonancias interiores.

El acento idiomático, una vez constituido en norma social, impera dentro de su campo sobre las tendencias individuales, y se impone aun a aquellas personas de carácter diferente del que sirvió de fundamento a tal modo de expresión. Se hereda el acento como los demás hábitos, formas y materiales del idioma.

Pero una persona, además de su idioma materno, puede hablar otras lenguas, dando a cada una el acento que le corresponda y manteniendo al mismo tiempo en todas ellas los rasgos peculiares de su expresión individual. Pasar de un acento a otro es cambiar de base prosódica para situarse en el ambiente propio de cada lengua, condición indispensable para penetrar en la intimidad de esa lengua y en la de las gentes que la hablan.

Decía Eça de Queiroz que un hombre no debe tratar

de hablar con seguridad y pureza más que la lengua de su tierra, y que todas las otras las debe hablar mal, orgullosamente mal, con acento de extranjero, porque en la lengua es donde reside verdaderamente la nacionalidad, y quien fuera poseyendo con creciente perfección los idiomas de Europa, iría sufriendo gradualmente una desnacionalización ⁴¹.

Eça de Queiroz atribuía especialmente este perjuicio al prurito de pronunciar correctamente las lenguas extranjeras, y su consejo no ha dejado de ser tomado en serio por algunos profesores. Pero, ¿por qué no ver el mismo perjuicio que en la pronunciación en los demás aspectos del idioma? ¿No desnacionaliza también hablar un idioma extranjero con correcto vocabulario y con pureza gramatical?

Lejos de esto, la verdad es que cuanto mejor se conocen otros idiomas más se afirma y afina el dominio de la lengua propia. El uso incorrecto de una lengua extranjera denota sencillamente ineptitud o falta de preparación, cualidades nada brillantes para mostrar por ellas la nacionalidad a que se pertenece. El respeto a la lengua extranjera y la utilidad y eficacia de su uso obligan a aceptarla tal como ella sea, sin corromperla con palabras o giros impropios ni deformarla con pronunciaciones extrañas.

La idea del acento de un pueblo es inseparable del concepto que se tiene del carácter de ese mismo pueblo. Encuentra Bally en esta relación motivo de atribuciones infundadas, y dice a este respecto que el alemán pasa

⁴¹ EÇA DE QUEIROZ, *A correspondencia de Fradique Mendes*, ap. R. LANDA, *La enseñanza de las lenguas vivas*, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1926, L. 40.

en Francia por lengua ruda e inarmónica, en tanto que el español goza de una reputación muy diferente, no obstante poseer muchas de las durezas fonéticas del alemán ⁴².

Las durezas a que Bally se refiere, sin señalarlas concretamente, no deben ser otras que el sonido de la *j* española, análogo al de la *ch* alemana, y acaso el relieve del acento de intensidad, más acusado en español y en alemán que en francés. Otras durezas del alemán, como el encuentro de complicados grupos de consonantes, la explosión aspirada y sorda de los sonidos *p*, *t*, *k*, y sobre todo el frecuentísimo ataque duro o golpe de glotis de las vocales iniciales de palabra, son desconocidas del español.

En todo caso, la rudeza o armonía de un acento no depende del efecto de tal o cual detalle, sino del conjunto sinfónico de sus diversos elementos, y en este sentido no puede sorprender que el español y el alemán produzcan diferente impresión eufónica, aunque coincidan en algunos de sus rasgos fonéticos. Con los mismos elementos prosódicos se forman acentos distintos, como se producen diferentes melodías con las mismas notas de la escala musical.

El carácter modela el acento, como causa emocional permanente de la expresión ordinaria y cotidiana, y el acento plasma y figura en el sonido la imagen del carácter, así que no sin fundamento se atribuyen a ambos indistintamente las cualidades que se observan en uno o en otro.

Llama la atención de los extranjeros la gravedad y

⁴² CH. BALLY, *Traité de stylistique française*, Heidelberg, 1911, I, 54.

dignidad que se observa, en general, en el porte de las gentes españolas, aunque pertenezcan a las clases más humildes. Apenas hay libro de impresiones sobre España en que no se hable del aldeano que se envuelve en su manta con prestancia aristocrática, del labriego que camina sobre su asno con la distinción de un caballero o del mendigo que extiende su mano con aire señorial.

Contra la locuacidad excesiva del señorito y del obrero de la ciudad, el labriego español es ordinariamente sobrio de palabra y reposado y sentencioso de expresión. Así fué Chisco, el mozallón de *Peñas Arriba*, más hábil para luchar con los osos en el monte que para relatar sus hazañas; y el viejo tío Tomba de *La Barraca*, que a cada encuentro con el huertano Batiste le repetía agoraramente: “Creume, fill meu, te portarán desgracia”, y el cordobés Matapalos de *La Feria de los discretos*, maestro en el arte de traer a cuento un dicho intencionado e insinuante mientras liaba sosegadamente el cigarro.

Observaba Eximeno que el español al empezar una frase mueve la entonación como si fuese a cantar, pero después, para no alterar la gravedad, sigue muchas veces al unísono. Lo ordinario es, en efecto, que el acento castellano muestre cierta vehemencia contenida, cierta energía refrenada que le dan expresión relativamente tensa, sin permitirle giros ni inflexiones de excesiva amplitud.

Ya se ha visto cómo dicho acento resulta sonoro por la calidad de las vocales, varonil por la proporción de la intensidad y digno por las cadencias de la entonación. Puede añadirse que su ritmo es firme y sosegado como el metro del romance popular, y sus tintas sobrias y cálidas como los colores de Velázquez.

Muchas de las noticias comentadas indican que las cualidades que se observan en el acento español no se refieren solamente a la lengua actual. La dignidad grave y varonil, señalada por escritores contemporáneos, fué notada del mismo modo por Eximeno en el siglo XVIII, por Aldrete en el XVII y por Herrera en el XVI. ¿Desde cuándo el acento español vendrá presentando este carácter? ¿Adquiriría su marcialidad y prestancia por la influencia que los descubrimientos y conquistas del siglo XVI pudieran ejercer en el espíritu nacional? ¿Sería de otro modo el acento castellano antes de esos acontecimientos?

El señor Menéndez Pidal ha dado a conocer dos valiosos testimonios en relación con el efecto eufónico del español medieval. Uno de ellos es el del escritor árabe Ben Hayyan, quien al representar al conde de Castilla, Sancho García (995-1017), vestido a la manera musulmana y sentado sobre almohadones en su tienda de viaje, en el acto de tratar con los notables de la ciudad mora de Tudela, expresó su admiración por la dignidad, nobleza y elegancia persuasiva del modo de hablar del caudillo castellano. Otro es el pasaje del poema de la Conquista de Almería, de mediados del siglo XII, en que el poeta, un monje leonés probablemente, aludió a la prosodia castellana, comparándola con el sonido claro y marcial de las trompetas y el tambor: "illo-rum lingua resonat quasi tympano tuba."⁴³ Según estas remotas noticias, el castellano sonaba ya con su aire digno, marcial y varonil hace casi mil años, cuando apenas empezaba a usarse como lengua escrita.

⁴³ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, Madrid, 1926, I, 503 y 514.

La dignidad y decoro del acento se descubren en muchas de las semblanzas de caballeros del siglo xv escritas por Hernando del Pulgar. Sabemos, por ejemplo, del Marqués de Santillana que “en la continencia de su persona y en el razonar de su habla mostraba ser hombre generoso y magnánimo”. De don Juan Pacheco, marqués de Villena, y de don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, se nos dice que hablaban con buena gracia y con razones que todos oían con placer. El rey don Fernando el Católico, de amigable comunicación, hablaba en tono sereno y mesurado: “tenía la fábula igual —dice Pulgar—, ni presurosa ni muy espaciosa.” De varios otros señores leemos que tenían por costumbre hablar sobriamente, sin prolijidad de palabras, distinguiéndose en este sentido el obispo de Avila, don Alfonso de Madrigal, “hombre callado, en quien resplandecía más la lumbre de la ciencia que el florear de la lengua”⁴⁴.

Percibimos en estas semblanzas la “gravità riposata” que Baltasar Castiglione elogiaba en el carácter español, y que, de seguro, no sólo se manifestaba en la actitud y en el gesto, sino muy especialmente en el modo de hablar⁴⁵. El modo de hablar de don Quijote representa este mismo estilo, sin otra diferencia que la de ofrecer rasgos más acusados en cuanto al entono, reposo y gravedad.

No podemos saber si el tono y acento que ponemos en

44 HERNANDO DEL PULGAR, *Claros varones de Castilla*, ed. de J. DOMÍNGUEZ BORDONA en *La Lectura*, Madrid, 1924, págs. 32, 40, 60, 163.

45 R. MENÉNDEZ PIDAL, *El lenguaje del siglo XVI*, en *Cruz y Raya*, 1933, núm. 6, pág. 27.

nuestras lecturas de la *Crónica General*, del *Conde Lucanor* o de la *Celestina*, son los mismos que guiaron el sentimiento prosódico de sus autores al escribir estas obras, pero creemos sentir interiormente una perfecta correspondencia entre la impresión fonológica de dichas obras y el tono, ritmo y compás del castellano que hoy hablamos.

Afirma Sievers que cada texto recoge y guarda en sus páginas la modalidad prosódica peculiar del autor que lo compuso, y que una lectura espontánea hace despertar y revivir en cualquier tiempo las ondas sonoras implícitas en las palabras escritas⁴⁶. Presentimos la realidad de estos hechos, cuya confirmación proporcionaría un nuevo e importante recurso a la crítica literaria y filológica. Por desgracia, ningún camino científicamente practicable se ha descubierto hasta ahora para penetrar en el campo de esas cadencias del acento dormidas en las líneas del texto como las notas en las cuerdas del arpa y como el pájaro en las ramas⁴⁷.

Las formas y estilos del acento no caen dentro del dominio de la conciencia lingüística, no son elementos funcionales como los fonemas, o las palabras, o las inflexiones semánticas de la entonación. Se comprende por este mismo carácter inconsciente e incorpóreo que sean hábitos singularmente resistentes. Contra lo que Weingart da a entender, no parece de ningún modo que la significación del acento de un idioma se circunscriba al

46 E. SIEVERS, *Rhythmisch-melodische Studien*, Heidelberg, 1912, págs. 78-III.

47 La técnica de investigación que se ha aplicado a esta materia puede verse en G. IPSEN y F. KARG, *Schallanalytische Versuche*, Heidelberg, 1928.

carácter y circunstancias de cada época ⁴⁸, aun cuando, en efecto, cada época y hasta cada generación pueda distinguirse por alguna modalidad o matiz peculiar dentro del mismo fondo permanente y común. Hasta en las opiniones relativas a los idiomas extranjeros se observa que el concepto de cada acento se mantiene esencialmente, aunque las relaciones políticas entre los pueblos respectivos hayan variado mucho de una época a otra. La idea de la permanencia del acento sirve de base a la doctrina del análisis cadencial de Sievers, quien en textos medievales alemanes cree encontrar reflejadas diferencias melódicas que hoy mismo se observan entre distintas partes de Alemania.

Es cosa de todos conocida que cuando se habla una lengua extranjera nada se rebela tanto a someterse y dejarse sustituir como el acento de la lengua materna. Aprendemos a emplear, en lugar de las palabras, combinaciones y giros de la lengua propia, las formas correspondientes del idioma extranjero, pero no acertamos, sino a costa de gran esfuerzo, a disimular unos hábitos acentuales que practicamos inconscientemente, para reemplazarlos por los del idioma que tratamos de hablar.

En las regiones bilingües el idioma nacional se habla corrientemente con el acento peculiar de cada región. Si la lengua nacional logra ganar terreno en estas regiones, lo gana, en realidad, para el vocabulario y la gramática, pero no para el acento propiamente dicho. Se puede decir que más que a la lengua misma el acento

48 M. WEINGART, *Étude du langage parlé suivi du point de vue musical*, en *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, Prague, 1929, I, 181-182.



pertenece al pueblo que lo ha producido. El acento no está en las letras, ni en las palabras, ni en las frases, sino en la manera de decirlas. Dentro de una misma lengua, entre países o regiones diferentes, se usan acentos distintos. La lengua cambia de acento al extenderse y comunicarse de un pueblo a otro. El pueblo, por su parte, pasa de una lengua a otra sin cambiar de acento. La igualdad de acento supone lazos étnicos más estrechos que la igualdad de lenguaje. Los límites de los acentos representan las fronteras más sutiles y profundas de la geografía social de un país.

En los pueblos de Aragón, uniformados lingüísticamente en su mayor parte desde hace siglos por la influencia del castellano, el acento con que éste se pronuncia es, probablemente, el mismo con que dichos pueblos hablaron su antiguo dialecto aragonés antes de adoptar la lengua de Castilla. El ansotano y el cheso, restos del dialecto aragonés conservados en escondidos valles del Pirineo, coinciden esencialmente por su carácter prosódico con el acento peculiar del resto de la región. El rasgo más característico de este acento consiste en el tono relativamente alto con que de ordinario terminan las frases, aunque no sean interrogativas. En circunstancias análogas la inflexión final de una aseveración corriente termina en aragonés en una nota seis u ocho semitonos más alta que en castellano. Fuera de Aragón esta forma de entonación se encuentra también en Vasconia y Navarra. Don Ramón Menéndez Pidal, estudiando la toponimia aragonesa, descubrió un abundante fondo primitivo de carácter eusquérico⁴⁹. Sa-

49 R. MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre las vocales ibéricas e y o*

roïhandy, en el tratamiento que ciertos sonidos manifiestan en el dialecto aragonés, creyó ver asimismo vestigios de un pasado lingüístico en estrecha relación con el de la lengua vasca⁵⁰. El acento aragonés, apegado a su tierra y resistente contra toda influencia, es, probablemente, el testimonio más vivo y elocuente de esa tradición.

Aun tratándose de hechos tan particulares y concretos como, por ejemplo, la confusión de la *s* y la *z* que ocurre en la pronunciación de muchos andaluces, está comprobado que esta confusión existe en Andalucía desde hace varios siglos, y hay motivos para pensar que existiese en dicha región desde mucho tiempo antes de la fecha a que corresponden los primeros testimonios conocidos⁵¹. Y si un fenómeno de esta naturaleza muestra tal resistencia y duración, ¿qué antigüedad habrá que suponer al ritmo y cadencia característicos del acento andaluz?

Un ejemplo al alcance de nuestra experiencia es el de la isla de Puerto Rico, donde el inglés viene introduciéndose desde la dominación norteamericana. El inglés que se habla en Puerto Rico se pronuncia con el mismo acento portorriqueño con que se habla el español. Si el español desapareciese algún día de aquella isla, cosa poco probable, el acento portorriqueño quedaría so-

en los nombres toponímicos, en *Revista de Filología Española*, 1918, V, 225 y sigs.

50 J. SAROÏHANDY, *Vestigies de phonétique iberienne en territoire roman*, en *Revista International de Estudios Vascos*, 1913, VII, págs. 475-497.

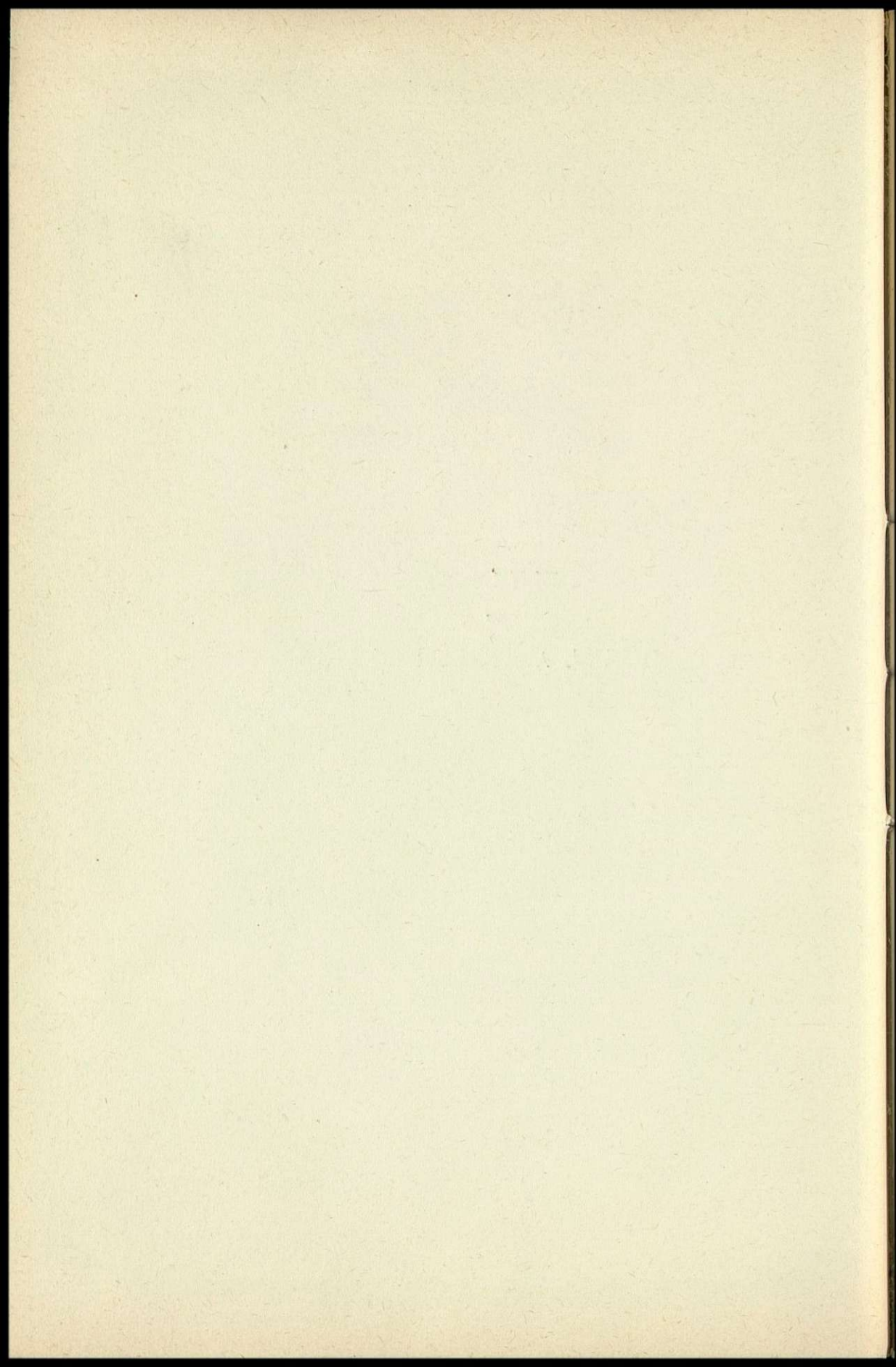
51 T. NAVARRO TOMÁS, AURELIO M. ESPINOSA (hijo) y L. RODRÍGUEZ CASTELLANO, *La frontera del andaluz*, en *Revista de Filología Española*, Madrid, 1933, XX, 262 y sigs.

breviviendo en el inglés que allí se hablase. Y este acento portorriqueño puede haberse producido como resultado de la mezcla de modos de hablar de los españoles de distintas provincias que se establecieron en Puerto Rico, pero más probablemente debe tener por base la cadencia prosódica que la población borinqueña usaba en su lengua indígena y siguió usando en español.

América recibió la lengua de España con su material filológico y su sustancia cultural; pero los acentos hispanoamericanos deben ser en su mayor parte herederos de las cadencias indígenas. Podrá aclarar esta cuestión el estudio de los acentos de Méjico, Perú y Paraguay, por ejemplo, en relación respectivamente con los de las lenguas náhuatl, quichua y guaraní, habladas aún por parte de la población de esos países.

La herencia del acento significa la continuidad colectiva de una determinada actitud psicofisiológica y de las formas orales correspondientes a la expresión de esa actitud. El acento castellano en sus rasgos esenciales, depurados y refinados a través de largas generaciones, puede ser considerado como el elemento tradicional más antiguo de nuestra lengua, anterior probablemente a la existencia del mismo romance castellano, eco milenario del modo de hablar de todas las gentes que nos han precedido en esta tierra en que hemos venido al mundo y en que se mueve nuestra vida.

DISCURSO
DE
D. MIGUEL ARTIGAS FERRANDO



SEÑORES ACADÉMICOS:

En estas Juntas solemnes que la Academia celebra para recibir y dar la bienvenida a los académicos que ingresan, pocas veces se habrá leído un discurso tan propio del lugar y de la ocasión como el que acabamos de oír.

Si la Academia tiene como misión fundamental el estudio y la enseñanza del lenguaje español en todos sus elementos y es el acento el alma de la palabra y del lenguaje, un estudio elaborado con tal copia de observaciones originales, tan reveladoras y sugestivas, sobre el acento español es ofrenda valiosísima que tenemos que agradecer por adelantado al nuevo académico y prenda segura e inestimable adelanto de la importante labor que viene a realizar en las materias propias de nuestro instituto. En realidad, fuera de la Academia ha trabajado, en una disciplina muy propia de esta casa, la fonética española, tan poco cultivada, tan superficialmente cultivada modernamente entre nosotros hasta que el mismo Navarro, con un método rigurosamente científico, ha conseguido aclimatarla y difundirla por los dominios de nuestra lengua.

No era, ciertamente, mi voz, oscura y opaca, la que debía hacerse oír esta tarde, en estos momentos,

para saludar en nombre de la Academia al nuevo compañero; otra voz, la más autorizada, la del maestro de cuantos cultivan hoy los estudios del lenguaje y de la literatura española, maestro además unido, identificado con Navarro Tomás en largos años de trabajo común e íntima colaboración, era la que todos esperábamos y deseábamos escuchar.

También deseaba el maestro, nuestro Presidente, escribir y leer la salutación gratulatoria del discípulo; hubiera sido una alegría paternal para aquél, y para éste una íntima y halagadora complacencia; pero el verdadero amor del discípulo ha querido sacrificar aquella satisfacción tan merecida y renunciar a la pública consagración que en esta solemnidad se hubiera hecho de sus trabajos y méritos, a trueque de no interrumpir labores urgentísimas del maestro y por el temor de robarle unos días y unas páginas que han de servir de enseñanza y de sabroso placer para todos los estudiosos.

Yo, el último de los académicos, no voy a pretender ni reemplazarle ni suplirle; pero como estaba en el secreto de estos escrúpulos y vacilaciones tan honrosos y ejemplares, me he prestado gustoso a cumplir con toda sencillez un rito, una ceremonia; a levantar la cortina y a anunciaros con un breve saludo la entrada del nuevo académico.

Unido a él por lazos profesionales y por una estrecha amistad de muchos años, conozco muy bien y estimo, por consiguiente, en lo mucho que valen, sus admirables cualidades; la aguda y fuerte penetración de su entendimiento, su laboriosidad incansable, su ecuanimidad y su concepción lógica de la vida y de la ciencia, dos ideas que en él casi se confunden, porque es el suyo

un caso ejemplar de vocación científica, fiel y constantemente seguida desde que su vida espiritual empieza.

Nacido en La Roda de la Mancha, después de cursar los primeros estudios y la segunda enseñanza en su provincia, empezó en Valencia la carrera de Filosofía y Letras, trasladándose pronto a Madrid, donde terminó la licenciatura y el doctorado en la Sección de Letras. En la Universidad Central, como alumno de la clase de don Ramón Menéndez Pidal y bajo su dirección, se inicia en las prácticas de investigación filológica sobre los documentos del Archivo Histórico Nacional.

En aquellos pergaminos estaba en cifra el porvenir científico del nuevo académico. Eran documentos medievales aragoneses, y para el estudio de este dialecto no se contentó con apurar la bibliografía impresa en libros y artículos de revistas, sino que, llevado de su afán investigador y lógicamente crítico, quiso comprobar lo que todavía quedara vivo de aquel antiguo dialecto en los apartados rincones del Alto Aragón y compararlo con el lenguaje de los muertos pergaminos. Recogido y sistematizado quedó el fruto de esta primera salida del joven filólogo manchego en una *Memoria* publicada en 1907 por la Junta para Ampliación de Estudios.

Estos trabajos de investigación sobre documentos en los archivos le llevaron como de la mano a ingresar en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y tras una breve estancia en Avila, en donde preparó, además, su excelente edición de las *Moradas* de Santa Teresa, fué trasladado al Archivo Histórico Nacional.

En 1912 solicitó y obtuvo una pensión para estudiar en el extranjero. Era la época en que todo joven estudio-

so español sentía la necesidad de respirar el aire de Europa; era la consecuencia, acaso la más útil y beneficiosa, de toda la literatura de los del 98: el europeísmo. Iniciado ya en los estudios de filología castellana sobre documentos lingüísticos muertos y vivos, coincide su viaje con la publicación del Atlas lingüístico de Francia, y Menéndez Pidal, que había adivinado en su discípulo al hombre que podía tomar sobre sus hombros una tarea parecida en España, la formación de nuestro Atlas, le aconseja y le pone en relación con los especialistas de filología románica de Francia y Alemania, y, sobre todo, con los que con más fruto cultivaban la fonética científica, base fundamental para la realización del Atlas.

En Montpellier con Grammont y en Hamburgo con Paconcelli Calzia principalmente, se adiestró en estas disciplinas. Estuvo también algún tiempo en el laboratorio de Rousselot, en París, y siguió cursos y conferencias en Marburgo con Viëtor y con Sievers en Leipzig.

En Marburgo estudió de cerca la organización de los trabajos que se llevaban a cabo para formar el Atlas lingüístico alemán, y en Zurich recibió de Gauchat toda clase de informaciones y noticias relacionadas con la formación del *Glossaire des patois de la Suisse Romande*.

Si en España hubiese existido entonces un ambiente científico adecuado para consagrarse exclusivamente a labores de investigación, al regresar Navarro con su bagaje de experiencias y con su ardor de neófito se hubiera dedicado en cuerpo y alma a la tarea del Atlas; pero, por desgracia o por fortuna, le esperaban aquí otros menesteres, que, sin ser del todo aje-

nos a su vocación, transformaron aquella recta ideal que él se trazara en una línea quebrada que al parecer le iba alejando de su propósito.

Al llegar a España le esperaba el Archivo Histórico con los millares de documentos de la Sección de Clero regular y secular, cuyo catálogo forma y publica en colaboración con el llorado e inolvidable amigo, don Marcos Asanza, y le esperaba otra empresa en cuya realización la capacidad organizadora de Navarro y su trabajo y voluntad fueron elementos de principal importancia: la publicación de la *Revista de Filología Española*, que venía a satisfacer la necesidad de relacionar a los filólogos españoles con los extranjeros y a crear un órgano de trabajo que había de agrupar a los especialistas dispersos, sirviendo al mismo tiempo de acicate y despertador de vocaciones.

Le esperaba también la definición y formación de un cuerpo de doctrina fonética española y la práctica y propaganda de esa misma doctrina; porque éste ha sido el mérito y el lastre de Navarro, como el de la mayoría de los investigadores españoles contemporáneos: la doble y simultánea labor del esfuerzo propio y continuado en el trabajo de investigación y la creación de un ambiente propicio a los estudios de su especialidad.

Entre las múltiples direcciones en que se ha desarrollado la fonética moderna, dos principalmente ha seguido nuestro académico: la fonología funcional como base de caracterización de las lenguas, y la geografía fonética, que en la delimitación especial de los sonidos trata de descubrir huellas e indicios de antiguas relaciones o influencias culturales, sociales o políticas; porque sin

esta trascendencia, sin esta visión de conjunto, la fonética geográfica sólo sería una mera curiosidad.

Sus estudios titulados: "Siete vocales españolas" (1916), "Cantidad de las vocales acentuadas e inacentuadas" (1916 y 1917) "Diferencias de duración entre las consonantes españolas" (1918), "La metafonía vocálica" (1923), "Palabras sin acento" (1925) y otros varios, corresponden al campo de la fonología funcional. Los que se refieren a la geografía fonética, preparación o complemento del Atlas, son, principalmente: "El perfecto de los verbos en *ar* en aragonés antiguo" (1911), "La articulación de la L castellana" (1917), "Observaciones sobre el vascuence de Guernica" (1923), "Pronunciación Guipuzcoana" (1925), "Impresiones sobre el estudio lingüístico de Puerto Rico" (1929), "La frontera del andaluz" (1933), "Análisis fonético del valenciano literario" (1934).

Todos estos trabajos monográficos exigían un nexo, una doctrina sistematizada, para no perderse en una dispersión demasiado analítica y conquistar poco a poco el interés y la atención de las gentes.

En este terreno viene obteniendo Navarro cada día más y mejores resultados. Ha logrado reunir en pocas páginas, ricas de contenido, toda la teoría de la fonética española. Escritas estas páginas, al comienzo, para iniciar a los extranjeros en el conocimiento del español, fueron poco a poco extendiendo su horizonte, y es hoy su *Manual de pronunciación* libro indispensable, no sólo para el estudiante extranjero, sino para todo romanista y para todo maestro de lengua española.

Ni Araujo en su *Fonética*, publicada en 1894; ni los norteamericanos Josselyn y Colton acertaron a tra-

tar esta delicada materia con el tacto, penetración y claridad con que Navarro Tomás ha sabido presentarla. Publicado el *Manual de pronunciación española* de Navarro Tomás en 1918, se ha reeditado ya cuatro veces con notables aumentos; Krüger lo ha traducido al alemán y Espinosa ha hecho de él una adaptación inglesa. Su valor científico y pedagógico ha sido ponderado por los más autorizados filólogos, y Hills no ha dudado en afirmar que es el mejor manual de fonética escrito sobre una lengua moderna. Bajo su influencia, la enseñanza de la pronunciación, tan descuidada por los que piensan que el español no tiene en esta materia las exigencias que otras lenguas, y tan expuesta a discrepancias de criterio por la competencia de formas de diverso valor social y por prejuicios y diferencias dialectales, ha elevado su nivel e importancia y se ha orientado de manera clara y uniforme en los centros y cátedras en que se enseña nuestro idioma.

Otro aspecto de la actividad científica de Navarro Tomás menos conocido, sin duda, es el que se refiere a la Historia de la fonética en España. Es natural que en todo país los especialistas traten de remontarse al conocimiento de los antecedentes históricos de su ciencia cuando ésta va arraigando y se cultiva en serio, y así vemos cómo ha cambiado en pocos lustros la opinión de los doctos frentes al problema de la ciencia española.

Aquella sonrisa entre benévola y escéptica cuando se hablaba de precursores españoles, manía heredada de Menéndez Pelayo, según los espíritus fuertes, ha ido desapareciendo, porque en unos cuantos casos estudiados con seriedad y a fondo se ha comprobado que, efectivamente, en España se adelantaron algunos hombres de

ciencia a pensar o a imaginar lo que otros después, con más fortuna o con mejor arte, divulgaron o volvieron a inventar. Y si en alguna materia es indiscutible y clara la prioridad de los estudios españoles es en la que se refiere a la enseñanza de los sordomudos y como consecuencia a la fonética científica. Navarro Tomás en tres distintos trabajos ha dilucidado y resumido el proceso de la notable invención del *Arte de enseñar a hablar a los mudos*, y ha contribuído a dejar plenamente probado que la cuna de esta invención, base del estudio metódico del lenguaje y punto de partida del análisis fisiológico y acústico de la lengua, es absolutamente española.

Obra de caridad unas veces, empeño de afirmación de la personalidad humana y de sus derechos otras, nada tiene de extraño que encontrase ambiente propicio para nacer y fructificar en la España del XVI, que tanto ahondó en el conocimiento del espíritu, haciendo encarnar en disciplinas muy humanas los conceptos de la más alta teología.

Pedro Ponce, el primer inventor, a lo que parece, y el más generoso, de esta nueva disciplina; Ramírez de Carrión, y Bonet, cantado por Lope, para conseguir sus maravillosos resultados tuvieron que observar y analizar los sonidos del lenguaje y de los elementos y órganos que los producen: hicieron, en realidad, fonética, y echaron las bases y cimientos de esta ciencia.

El libro de Ponce parece irremisiblemente perdido; pero nos ha quedado el de Bonet, que divulgó por Europa tan extraordinarias enseñanzas.

“Manuel Ramírez de Carrión y el arte de enseñar a hablar a los mudos”, 1924, y otros dos estudios de

Navarro Tomás sobre Juan Pablo Bonet, son una reivindicación serena y documentada que luego ha divulgado Werner en *Geschichte des Taubstumenproblem*, Jena, 1932.

Aquella línea quebrada por la que representaba esquemáticamente la vida de trabajo de Navarro Tomás, a quien alguna vez hemos visto, en apariencia, separarse de sus intentos, tiene una derivación que le lleva a cruzar dos veces el Atlántico y a recorrer las dos Américas. Unas conferencias y unos cursos que tuvieron gran resonancia y que contribuyeron a avivar el espíritu español en aquellas tierras y a mejorar allí los métodos de enseñanza de nuestro idioma, fueron la ocasión; pero el fin último y esencial no era otro que recoger nuevos materiales para el conocimiento de la geografía lingüística española. Allá quedó, en pasadas centurias, el idioma español, allá existe una España parlante cuyas modalidades idiomáticas es indispensable conocer. ¡Cuántos problemas de otros órdenes están resumidos, indicados, en la vida de estas palabras *indianas*, ricas en sugerencias para el historiador de la expansión de la cultura española en el mundo!

Como complemento de los trabajos del Atlas ha fundado Navarro el Archivo de la Palabra. Para que todo en él sea lógico y consecuente, el archivero que comenzó ordenando y catalogando papeles y pergaminos, ordena y cataloga ahora discos impresionados que tienen un doble fin: retener y registrar las variantes fonéticas de interés recogidas de la lengua hablada, y al mismo tiempo formar una escogida discoteca en que queden guardadas con su propio sonido y acento palabras vivas

de nuestros más gloriosos escritores, artistas y hombres de ciencia.

¡Qué delicia, qué emoción sentiríamos ahora si nos fuese dable oír, en estas fiestas del centenario de Lope, la misma voz del Fénix; emoción mayor mil veces que la que experimentamos al contemplar su retrato o al leer sus manuscritos autógrafos!

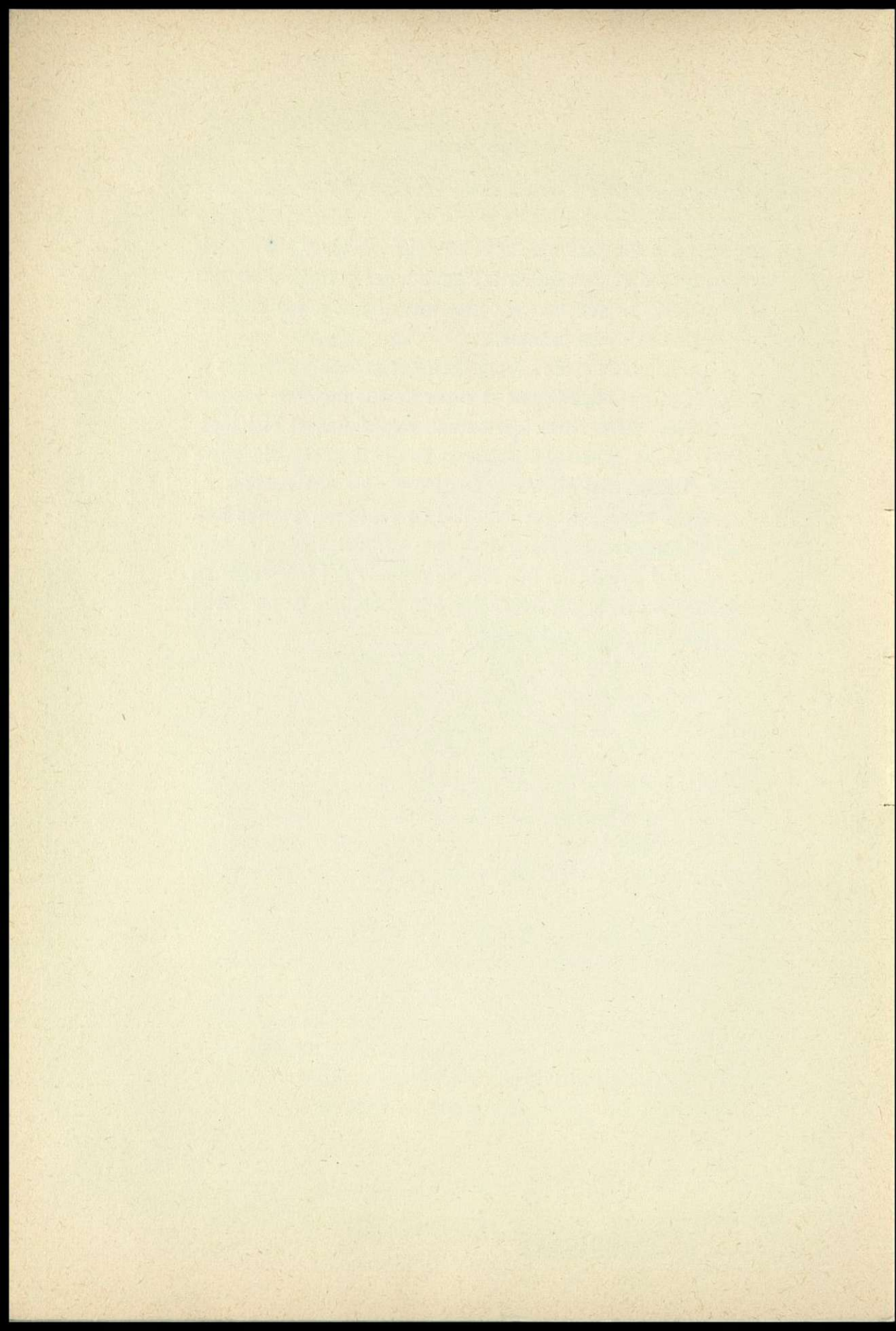
Cuando se celebre el centenario de Cajal o de cualquiera de los varones ilustres cuyas palabras están ya registradas por Navarro, esta emoción podrá ser transmitida a cuantos entonces traten de acercarse a ellos y conocerlos íntimamente, no sólo en sus obras y en su rostro, sino en la más impresionante de sus intimidades, escuchando su propia voz.

En el discurso que acabamos de oír se plantea una serie de problemas que esbozan temas y cuestiones indicadoras de un propósito, de una dirección, si no del todo nueva, sí acusada ahora con especial claridad en la obra de nuestro compañero. Hasta ahora había ejercitado pacientemente su observación y su análisis en una labor de exploración, de recogida y preparación de materiales, con los cuales ha cimentado, en la firmeza de múltiples experiencias, la base de una construcción trascendente, que promete ser de gran importancia para los estudios hispánicos.

Todo este material, todo este trabajo va encaminado a una elaboración idealista e interpretativa de la fonética española, a deducir y señalar lo que tienen estos fenómenos fónicos del lenguaje español de específico y diferencial, a investigar sus causas, a declarar lo que significan estos rasgos y estas diferencias en la manera de hablar de España frente a las otras lenguas románi-

cas, y dentro de España entre las diversas agrupaciones que desde los tiempos anteriores a la historia la pueblan; a averiguar qué aspecto del carácter y del espíritu español se refleja en las cualidades y modificaciones especiales impuestas por nuestra lengua a los sonidos con que nos expresamos.

A la luz de estas investigaciones arduas y difíciles la fonética, practicada con el rigor de sus métodos modernos, deja de ser una curiosidad experimental fisiológica o pedagógica para alcanzar rango y categoría entre las ciencias del espíritu. Dentro de las actividades de nuestra Academia los estudios de Navarro Tomás han de encontrar materia y ambiente propicios para el desarrollo y expansión que son de esperar del temple de su esfuerzo y de la consideración e importancia de las obras a que se halla consagrado.



ACABÓSE
DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS,
EL DÍA 14 DE MAYO
DE 1935



